Fiesta triste. El entenado, de Juan José Saer

Pénélope Laurent

▶ **To cite this version:**

Pénélope Laurent. Fiesta triste. El entenado, de Juan José Saer. Amoxcalli, Revista de teoría y crítica de la literatura hispanoamericana, 2018, 3 (5), pp.49-65. hal-03508857

HAL Id: hal-03508857
https://hal.sorbonne-universite.fr/hal-03508857

Submitted on 3 Jan 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Amoxcalli, año 3, no. 5 (enero-julio 2018), pp. 49-65

Fiesta triste. *El entenado*, de Juan José Saer

Pénélope Laurent
Université Paris-IV Sorbonne

Resumen

En este artículo se trata de evidenciar que la novela *El entenado* (1983) del argentino Juan José Saer, escrita en plena dictadura argentina, y cuya acción transcurre al principio de la Conquista española del Río de la Plata, propone un modelo de resistencia basado en el proceso creativo e interpretativo, tanto en el nivel de la diégesis como en el proceso mismo de la elaboración del texto. En la tentativa del narrador por redimirse de un sentimiento de culpa al escribir sobre los indios caníbales que lo raptaron y que fueron exterminados posteriormente por los españoles, se proyecta el deseo de una resistencia al poder totalitario de la última dictadura argentina por parte del sujeto productor, a través de la afirmación de la posibilidad de un sentido colectivo, basado en la "familia Gutenberg". El papel de testigo que el entenado, personaje huérfano, hereda de los indios durante su vida de cautiverio entre ellos, y que le permite renacer por medio de la escritura de sus memorias y ser perpetuado por sus hijos adoptivos gracias a la imprenta, tiene un eco en la función de observación inscrita en el texto literario. La circulación de los sentidos del texto, en el corazón del proceso semiológico, se plasma en estas memorias de ficción para rescatar del olvido el genocidio originado por la Conquista y el terrorismo de estado de la dictadura.

Palabras clave: Juan José Saer, *El entenado*, teoría de la lectura, proceso interpretativo, resistencia.

Abstract

The aim of this article is to show how *El entenado* (1983), written by Argentinian novelist Juan José Saer in the midst of the dictatorial period, whose plot unfolds during the Spanish conquest of the Rio de la Plata, offers a form of resistance based on both creative and interpretative processes, occurring simultaneously on the diegetic level as well as in the elaborative process of the text itself. Through the narrator's attempts to rid himself of the burden of guilt by writing about the cannibal Indians who captured him and were then massacred by the Spanish conquerors, one may read a projection of the writer's desire to resist the totalitarian regime of the military junta. This is made possible through the affirmation of meaning-making as a collective action, especially as far as the "Gutenberg family" is concerned. The narrator as a witness and an orphan, inherits agency from the Indians during his life as a captive among them. This enables his writing to be born and his memoirs – as well as his memory – to be perpetuated by his adopted children thanks to writing and printing. It also operates as an echo of the observation function of the literary text. The circulation of meaning within the text, at the heart of the semiotic process, thus functions as a way for fiction to save from oblivion the genocidal origins of the conquest as well as state-imposed terror during the years of dictatorship.

Keywords: Juan José Saer, *El entenado*, Theory of reading, Interpretative process, Resistance.

INTRODUCCIÓN

El entenado, publicada en 1983, es sin duda la novela más conocida del escritor argentino Juan José Saer (1937-2005), y a la que los críticos le han dedicado más artículos[1]. Y sin embargo, creo percibir una posibilidad de escribir sobre ella, en particular sobre el proceso creativo e interpretativo que la novela parece proponer como forma de resistencia y que se puede relacionar con cierta postura ideológica del escritor. Si su factura es mucho más clásica y convencional que las demás novelas de Saer y si es cierto que *El entenado* se inscribe en la corriente de la nueva novela histórica, la temática –entre preocupante y original- del canibalismo originario del Río de la Plata puede desconcertar al lector.

La diégesis, que se basa en hechos históricos, es la historia de un joven huérfano que se embarca como grumete en una expedición a lo que se va a llamar posteriormente el Río de la Plata, en el incipiente siglo XVI. Cuando llega al Nuevo Mundo, la tripulación se divide en dos grupos y uno es atacado por los indios. El grumete es el único superviviente y pasa diez años entre la tribu antes de ser rescatado por una expedición española. Al volver al Viejo Mundo, le cuesta hablar castellano y dejar la vida a la intemperie. Encuentra un padre literario en la figura del Padre Quesada, quién le enseña a leer y escribir. Luego de la muerte de su bienhechor, el entenado se junta con una compañía de teatro para la cual va a escribir la comedia de la expedición al Río de la Plata en la que asume su propio papel. Pero la representación de los indios le parece una impostura, y él decide abandonar la compañía y adoptar tres niños, a los que les enseña a leer y escribir, y luego el oficio de la imprenta. No obstante, en estas memorias ficticias una obsesión vuelve a menudo: hablar de los indios, exterminados por expediciones posteriores, y justificar, de

[1] Sólo menciono en la bibliografía algunos de los textos más destacados.

forma sorprendente, lo injustificable, sus prácticas del canibalismo durante fiestas cíclicas y melancólicas. Esas fiestas extrañas, caracterizadas de forma clásica por sus excesos (Caillois 112), siguen fascinando al narrador que escribe esperando la muerte, cincuenta años después del regreso al Viejo Continente.

Propongo analizar cómo la circularidad, propia del acto de escritura/lectura, viene a constituir una resistencia a las certidumbres del poder político (en su sentido más amplio), tanto para el entenado como para el sujeto productor; es decir en dos niveles distintos que se cruzan de forma compleja en la ficción (la creación de un personaje-narrador y la proyección del sujeto productor). Para ello, me basaré en los aportes de la teoría del acto de lectura (Wolfgang Iser) y de la teoría de la lectura (Milagros Ezquerro; Pierre Bayard). Analizaré primero el motivo de la culpa del entenado que pone en marcha la escritura de las memorias. Luego veremos que las fiestas tienen, en este caso, un componente político particular que no se disocia de la fecha de escritura de la novela y del contexto de la última dictadura militar argentina. Por último trataremos de ver cómo el sentido de lo colectivo es posible, a pesar de todo, a través de la "familia Gutenberg". De esta manera, la actividad de escritura, bajo el impulso de un sentimiento -no necesariamente justificado- de culpa, intenta rescatar del olvido un genocidio originario (en el caso del entenado) y relacionarlo con el terrorismo de Estado (del autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional", 1976-1983), desde la ficción. Y veremos que la lectura es la otra cara, imprescindible, del proceso significante, sin la cual ninguna resistencia tiene sentido(s).

Narración y reparación

Quien escribe sus memorias, poco antes de su muerte, es un narrador que ha tenido una vida excepcional. Su relato, en primera

persona, centrado en su propia vida, tiene bastantes afinidades con la picaresca. Es un personaje sin nombre, roído por un sentimiento de culpa y definido por el vacío. Es huérfano y su condición de "orfandad [lo empuja] a los puertos" (Saer 9), es decir a lo abierto e infinito del horizonte marítimo, en una negociación constante de sus límites entre él y el mundo desde su nacimiento. Sus orígenes borrados lo llevarán a buscar un padre en distintas figuras: el capitán de la expedición, el Padre Quesada, el viejo de la compañía de teatro. Pero veremos que esa búsqueda de un padre tiene también otra significación en el plano de la narración.

El relato aparece como una reparación frente a un sentimiento de culpa. Culpa de no haber cumplido con el papel de *def-ghi*, que le otorgaron los indios Colastiné, y gracias a la cual pudo sobrevivir. Después de pasar diez años con ellos, el narrador terminó por entender lo que esperaban de él: que fuera su *def-ghi*, su testigo, su narrador, ante lo exterior, para devolverles más realidad. Los indios, exterminados en el momento mismo en el que el entenado escribe sus memorias, formaron un pueblo habitado por la duda; una duda esencial, como la del entenado que no tiene la seguridad de haber vivido lo que cuenta, como si todo hubiera sido un sueño en una perspectiva de ilusión barroca. Cuando empieza su relato no son los indios los que pueblan su memoria sino "la abundancia del cielo" (9), vale decir el inmenso vacío que resulta ser también el cielo bajo el que, en la producción saeriana, se extiende la famosa Zona, lugar común de casi todas sus ficciones. Lo que descubre el grumete no es todavía la Zona, supuestamente originaria; no es todavía un lugar de fundación -el grumete sabe que tiene "la ilusión de ir fundando ese espacio desconocido" (27)- sino unas "costas vacías" (9) que el narrador, animado por un sentimiento de culpa, tratará de llenar a lo largo de las páginas. La problemática de lo lleno y lo vacío está ligada al fuerte sentimiento de culpa, aunque la culpa nunca se expresa en el entenado de forma explícita.

¿De qué se siente culpable el grumete? Sin duda, de haber llegado al final de su vida sin haber cumplido con su papel de transmisor de los indios; deuda que contrajo con ellos, ya que le dejaron con vida y lo mandaron de vuelta al Viejo Mundo. Dice: "Conmigo, los indios no se equivocaron; yo no tengo, aparte de ese centelleo confuso, ninguna otra cosa que contar. Además, como les debo la vida, es justo que se la pague volviendo a revivir, todos los días, la de ellos" (194). Ahora bien, él no les debe la vida, los presenta como si fueran sus salvadores cuando en realidad fueron sus perseguidores, sus secuestradores. En esta cita podemos percibir la ambivalencia propia de las personalidades con un fuerte sentimiento de culpa, que le permite sentir una gran empatía por sus secuestradores ("revivir, todos los días, la [vida] de ellos") al mismo tiempo que tiende a rebajar su autoestima ("yo no tengo […] ninguna otra cosa que contar").

Pero entre el vacío de sus orígenes y el vacío de la muerte, el entenado pone manos a la obra y escribe sus memorias. El lector descubre muy tarde en la novela que los indios Colastiné fueron exterminados y entendemos que, de la misma manera que los indios necesitaron del entenado para tener un observador exterior que les diera vida, él, casi en el umbral de la muerte, necesita también de un lector para poder existir. El observado necesita a su observador y viceversa, entre olvido y memoria. Las memorias del huérfano, que él hubiera podido escribir mucho tiempo antes, son una reparación del sentimiento de culpa al mismo tiempo que son una manera de re-nacer, una última vez, a través de la escritura en una especie de auto-engendramiento, como en la picaresca, con un relato escrito en primera persona acerca de su propia vida. Y también le permiten completar la *Relación de abandonado* que el Padre Quesada escribió acerca de su vida, a partir de una serie de preguntas propias de la heterología clásica (Riera 383) que le hizo al entenado y que éste consideró parciales,

sin atreverse, por respeto, "a hablarle de tantas cosas esenciales que no evocaban sus preguntas" (145).

El sentimiento de culpa está relacionado con la alimentación del entenado. Llenar un vacío puede pasar por la voracidad y el deseo de probar carne humana. De hecho, él confiesa que durante la primera "fiesta" antropófaga de los indios, justo después de su llegada, le vino el deseo de probar la carne de sus compañeros de tripulación. En una confesión admite: "tal vez a causa […] de esa fiesta que se aproximaba y de la que yo, el eterno extranjero, no quería quedar afuera, me vino, durante unos momentos, el deseo, que no se cumplió, de conocer el gusto real de ese animal desconocido" (60). Su eterna condición de observador le impide formar parte de la fiesta. Pero, culpable de haber deseado lo indeseable, lo injustificable, se apresura en asegurar que reprimió semejante deseo.

Regresado el entenado al Viejo Mundo, el Padre Quesada -en un guiño cervantino, ya que Quesada es un apellido posible del ingenioso hidalgo- le quiere enseñar a leer y escribir: "era como salir a cazar una fiera que ya me había devorado. Y, sin embargo, me mejoró." (139). El canibalismo, ya no literal sino cultural, es evidente pero la presa y su predador ya son una y la misma cosa, lo que también podría ser una definición del sentimiento de culpa. De la misma manera que los indios experimentan la culpa de comerse a sí mismos con el canibalismo ("En todos esos indios podía verse el mismo frenesí por devorar que parecía impedirles el goce, como si la culpa, tomando la apariencia del deseo, hubiese sido contemporánea del pecado" [64], y luego "Ellos eran, de ese modo, la causa y el objeto de la ansiedad" [185-186]), el narrador parece sentir culpa de tomar la pluma y, con ella, el poder sobre el lector. Y esa pluma que rasga ahora el papel la asocia al placer de comer siempre lo mismo, una comida sencilla de aceitunas verdes y negras, pan y vino. Una cena que recuerda a la fiesta triste de los caníbales

pero más depurada y despojada de toda transgresión. La escritura mantiene cada noche en vida al entenado, doble de Scheherezade pero también del sultán.

Un asado terrorífico

La fiesta de los indios se parece a un asado, pero un asado terrorífico, un asado humano. Como en todas las fiestas en la obra de Saer, el asado es una fiesta triste. En el ensayo *El río sin orillas*, Saer trata de encontrar un rasgo puramente argentino y, entre bromas y veras, el único rasgo de la argentinidad es, según él, el asado, que describe como una fiesta ritual, una huella de lo sagrado. Más allá de la anécdota humorística podemos pensar que esa triste fiesta de caníbales encuentra un eco en las vicisitudes de la historia de la nación argentina[2], pero también en la situación política por la que está pasando Argentina en la fecha de su publicación, 1983, y los años anteriores.

La fiesta de los indios es ritualizada y parece coincidir más o menos con la habitual codificación de la fiesta (Caillois 113), entre exceso y transgresión de las normas, entre prohibición y violación de las mismas, cuyo sacrificio permite renovar la vida social, en una perspectiva sagrada desvinculada de lo divino: unos asadores, que no prueban carne, son los guardianes del orden mientras que el resto de la comunidad come la carne humana descuartizada y asada, duerme la siesta, se emborracha con el aguardiente y se dedica a los placeres del sexo. Pero en vez de producir alegría, provoca soledad, ensimismamiento, vergüenza, confusión, duda, culpa y auto-destrucción en los indios que

[2] En *El río sin orillas* (2003) Saer utiliza el ejemplo del "exterminio definitivo" de los indios por la expedición de Diego de Mendoza (70). Concluye el ensayo con el análisis del papel central que tiene el asado, el cual "reconcilia a los argentinos con sus orígenes y les da una ilusión de continuidad histórica y cultural" (251).

enferman y tardan días, semanas y hasta meses antes de recuperarse, y algunos mueren de esos excesos cada año. La fiesta triste del canibalismo, al derribar la prohibición del incesto, suscita un sentimiento de culpa entre los Colastiné, sentimiento que no le es indiferente al entenado. Y esa extraña fiesta es ritual en el sentido en que se vuelve cíclica cada año y permite fijar normas de la vida en comunidad de esos seres descritos como "castos, sobrios y equilibrados" (91-92). La fiesta es la manifestación de una *hybris* que se opone a la abstinencia del resto del año y que fija una norma moral para la comunidad.

Pero la doble transgresión del canibalismo y del incesto -tótem y tabú de la Zona- durante esa triste fiesta, suma al pueblo en un estado de caos y violencia que recuerda la violencia de las dictaduras, también repetitivas y casi cíclicas en Argentina, y en particular la de 1976-1983. El estado de olvido en el que caen los indios después de cada fiesta, que nunca se acuerdan de haber probado carne humana, puede ser interpretado como la falta de memoria de la sociedad civil argentina del s. XX. Y sin embargo, el entenado defiende siempre a los indios a los que define como seres hospitalarios, muy civilizados, respetuosos, maniáticos de la limpieza, sin ningún tipo de idolatría. Para él no son salvajes, y si retomamos la tipología de las relaciones con el Otro propuesta por Todorov (233), vemos que en su relato, a nivel axiológico, el entenado los considera sus iguales y, a nivel praxeológico, intenta acercarse e identificarse con ellos (a pesar de que lo dejan fuera de la comunidad a propósito). Y retrospectivamente, el entenado defiende a los indios frente a los españoles, que no parecen tener nunca su preferencia: cuando es rescatado, los españoles no lo tratan bien; además de que la batalla contra los indios termina con muchos muertos. De hecho, los cadáveres que flotan por el río no pueden sino evocar a los "desaparecidos" de la última dictadura argentina, muchas veces arrojados al Río de la Plata en los "vuelos de la muerte", forma de exterminio detallada, posterior-

mente, por el ex represor de la ESMA Adolfo Scilingo. Podemos entender que quien sobrevive a semejante trauma (la matanza y el canibalismo/la dictadura) puede experimentar un fuerte sentimiento de culpa (no justificado por los hechos). Culpa de haber sobrevivido a la masacre y de haberse quedado del lado del Viejo Continente, sin haber impedido nada de lo sucedido.

La preferencia del entenado, como entendemos, hacia los indios, los "otros", es esencialmente retrospectiva. Durante toda su vida, en vez de cumplir con el papel de *def-ghi* y escribir sobre los indios, juega un falso papel en la compañía de teatro. Éste le permite enriquecerse; pero un día él ya no puede más con el "malentendido", "la superchería", "la impostura" (154-155). Cuando el lenguaje desaparece de la comedia, que se transforma en una pantomima destinada a un público extranjero, ya le parecía una caricatura insoportable. Poco a poco, el entenado se va orientando hacia la escritura para poder "trazar, en nombre de los que ya, definitivamente, se perdieron, estos signos que buscan, inciertos, su perduración" (162). La perduración de esos signos inciertos la encontrará en la imprenta y en la herencia que dejará a sus hijos adoptivos, nietos y bisnietos. La imprenta aparece como un freno, una resistencia, a la precariedad, a la incertidumbre propias de esa tribu que desapareció y con la que se identifica retrospectivamente. Es una manera política de resistir al poder invasor de los que trataron de exterminar un pueblo, una cultura.

Y el relato también es una manera de nacer para el eterno huérfano: aunque habla de los indios, el entenado siempre habla de sí mismo hasta el punto de afirmar varias veces que no sabe si vivió lo que cuenta o si lo soñó. Su incertidumbre acerca de la realidad es tal que, cuando habla de la visión del mundo de los indios, parece proyectar su propia desconfianza sobre ellos. Es una manera de cuestionar el género de las crónicas y los relatos de viaje: ¿hasta qué punto hablamos de nosotros cuando pensamos

hablar de los otros? De hecho el entenado parece entender tarde el significado de la palabra *def-ghi* que repiten constantemente los indios Colastiné cuando lo ven porque, como todas las palabras de su idioma, sus sentidos son muchos y contradictorios, como los sentidos antitéticos de las palabras primitivas analizadas por Freud (59-67): personas ausentes, dormidas o indiscretas, loros, cosas que representan a alguien, reflejos en el agua, testigos, etc. "De mí esperaban que duplicara, como el agua, la imagen que daban de sí mismos, que repitiera sus gestos y palabras, que los representara en su ausencia" (Saer 190-191). Su papel es a la vez el de la representación y el de la traducción, que en el texto es observación y narración, que siempre incluye ya una interpretación. Y el entenado, eterno extranjero que forma y no forma parte del grupo de los indios que también tienen un problema con su propia exterioridad, sigue el doble movimiento de la lectura, entre acercamiento al mundo novelesco y distancia crítica del lector. No es la verdad de los indios lo que se busca en el texto sino una interpretación, que asume su subjetividad a través del motivo recurrente de la culpa; y que después de cincuenta años le permitieron al sujeto descubrir la escritura/lectura. Si las letras "abc" anuncian el principio de la creación verbal, las que siguen "def-ghi" parecen sugerir que antes de la creación (la narración) siempre hay otra creación ("abc") que no se disocia de una lectura. El canibalismo del entenado es cultural y, en particular, intertextual. La lectura y la escritura permiten una circulación que resiste al exterminio cultural, pero el narrador, en esa posición fronteriza entre dos grupos, entre mundo representado e interpretación del lector, desde la enunciación narrativa, parece recordarnos constantemente que el solipsismo está al acecho y que lo que llamamos "conocimiento" quizá no sea más que un reflejo de nuestra proyección del mundo. Es la función que Saer le da a la literatura y que designa como "antropología especula-

tiva" (*El concepto* 16). Somos caníbales todos, quizá nuestro saber se limite al sabor propio[3].

La familia Gutenberg

Esta novela no es una novela histórica sino que puede formar parte de la corriente de la nueva novela histórica[4]. Los anacronismos deliberados del texto, con sus referencias intertextuales de los siglos que siguieron a la Conquista, permiten un distanciamiento irónico del lector. La narración, indisociable de la lectura, espera de su lector una activación de los sentidos posibles del texto a través de su propia interpretación. El sujeto productor de la novela no disimula sus lecturas: la de los relatos de viaje, de la novela picaresca, de la novela de aprendizaje, de Freud, de Levi-Strauss, y detrás del Padre Quesada está el Quijote que se encuentra en un manuscrito hallado en un mercado, pero también un tal Pierre Ménard, Borges, el Inmortal, Heródoto, Ulises y otros. Y cuando el entenado se retira de la compañía de teatro, acepta no volver a escribir comedias y cambiar de identidad, en una especie de desaparición irónica del Autor (ya que la noción de autoridad es algo anacrónica para la época). Así se puede interpretar el título de la novela, *El entenado*: el narrador, con cuya identidad no puede firmar, necesita distanciarse de sí mismo para poder auto-nombrarse en un acto de auto-engendramiento. Reproduce

[3] En el artículo "La ficción de Saer: ¿una "antropología especulativa"? (Una lectura de El entenado)", Gabriel Riera muestra que *El entenado* es, dentro de esta perspectiva de la literatura como antropología especulativa, una invención de la invención del otro, y que por ello desemboca en una aporía de la representación del otro (368-390).

[4] En el artículo "*El entenado*: relación contemporánea de las memorias de Francisco del Puerto", Evelia Romano Thuesen afirma que *El entenado* "responde, en mayor o menor medida, a las seis particularidades que [Seymour Menton] señala para el género: subordinación de lo histórico a lo filosófico, uso de personajes históricos famosos, reflexiones metaliterarias, intertextualidad, y carácter dialógico y paródico de los textos" (46).

consigo mismo el papel de intérprete que le otorgaron los indios: se da a luz a sí mismo, a la vez que trata de rescatarlos del olvido definitivo. En un momento de su *racconto*, se representa a sí mismo desdoblándose entre el que escribe (narrador del presente) y el que está raptado por los indios y llora (personaje del pasado) y dice: "esa criatura que llora en un mundo desconocido asiste, sin saberlo, a su propio nacimiento" (45). El ente-nado, "nacido antes", sin ascendencia ni descendencia directa, adopta tres niños y les regala lo que le ha permitido a él darse a luz: la escritura y la lectura. Reanuda con otra ascendencia indirecta, la del Padre Quesada. Y la herencia que les dejará es la imprenta, en una preocupación de transmisión; es decir lo que favorecerá en esa época, la emergencia de la literatura -y de la novela en particular-, y la circulación de textos que encontrarán y formarán lectores. Dicho en términos de Milagros Ezquerro, acerca del Lazarillo, el personaje narrador que "reivindica su doble función narradora y actancial, es hijo de sus obras mucho más que de sus padres de quienes no hereda ni el nombre" (75); y le hereda a sus hijos adoptivos la posibilidad de perpetuar su propia existencia -y la de los indios- bajo la forma del relato *El entenado*, gracias a la imprenta. El que buscó un padre es, paradójicamente, hijo de su obra e hijo de sus hijos adoptivos, quienes, al entrar en el proceso de producción, perpetúan su nacimiento.

El personaje-narrador de *El entenado*, por sus orígenes y su vida errante, no parece poder encontrar un lugar fijo: nunca pertenece a ningún grupo ni siquiera a la tribu que lo mantiene al margen, pero termina por fijar ese lugar en la escritura. De hecho, la enunciación cambia el YO por el NOSOTROS cuando el narrador, con sus hijos adoptivos, compra la imprenta en el Sur. El eterno huérfano, en vez de conocer a alguien para tener hijos, se multiplica a sí mismo a través de la "familia Gutenberg". Y las fiestas tristes de los caníbales dejan lugar a algunas fiestas familiares: "En los últimos años, mi vida se ha limitado a alguna que

otra fiesta familiar, a un paseo cada vez más corto al anochecer, y a la lectura" (159). La familia, expresión evidente de la transmisión, aparece junto con la escritura y la lectura para el entenado. La familia en la obra de Saer es asunto de afinidades literarias, mucho más que de genes. El sentido de lo colectivo es, a pesar de todo, posible y resiste a la fragmentación, ineludible, del desgaste del tiempo y del poder. Para usar un término propiamente saeriano, el entenado es la expresión y la voz de lo "imborrable". De lo que el poder político trata de borrar y a lo que la voz, en un intento humanista, opone una resistencia frágil, intermitente, como la luz de las estrellas[5], pero necesaria como ellas, a través del poder narrativo.

A medida que la voz narrativa va apagándose al final de la novela, es cuando el entenado, aliviado de haber podido transmitir lo esencial, encuentra por fin su verdadero lugar: en la soledad del eclipse y en compañía de las estrellas. Ese final poético reanuda con la visión del cielo acribillado de estrellas del íncipit para formar el círculo de esa novela de la fragmentación, del descentramiento y de la transmisión. La forma de la novela se parece al juego de los niños indios (a la vez sagrado y desvinculado de lo divino); círculo que se desplaza al deshacerse/rehacerse. Es también la figura de la circulación del texto, del leer-escribir. Esta novela, en la producción saeriana, ha sido analizada en términos de recuperación de la aventura (Gramuglio 35), de retorno al relato y al realismo (Garramuño 111) y de sentido recobrado (Premat 91). Pero más que una fundación, esta novela, en la producción saeriana, cava un agujero: el entenado no tiene descendencia directa y no funda la Zona. Sin embargo,

[5] La luz intermitente y frágil de las estrellas encuentra un eco en la luz intermitente y frágil de las luciérnagas de Pier Paolo Pasolini, analizada por Georges Didi-Huberman en *Survivance des lucioles* como destellos poéticos capaces de resistir al poder del fascismo, de los focos de televisión, del conformismo, del totalitarismo.

lo que va fundando es un mito, el mito soñado de los orígenes, por parte del que es huérfano. Pero el libro al que Tomatis, Pancho y Washington tendrán acceso varios siglos después no será *El entenado* sino una edición facsimilar de *Relación de abandonado*, versión llena de errores, inexactitudes y ausencias, del Padre Quesada. Nosotros, en cambio, lectores de carne y hueso, tenemos la posibilidad de activar el dispositivo de lectura que se basa en la memoria imborrable de la Zona: "De esas costas vacías me quedó sobre todo la abundancia del cielo" (9). Ese lugar supuestamente virgen como la página en blanco, el sujeto productor lo llenará con la constelación de textos de la Zona.

Conclusión

El proceso creativo no se desvincula del proceso interpretativo sino que están entramados en juegos semióticos complejos. En la novela *El entenado* de Juan José Saer, tal proceso va acompañado por una resistencia que opone la transmisión al poder, la circulación de lo imborrable a la censura y al exterminio. El final elegido por el autor no coincide con la veracidad histórica: Francisco del Puerto terminó por luchar contra los españoles, de forma que podemos preguntarnos por qué el entenado termina sus días, entre tranquilo y culposo, en un cuarto de Andalucía donde escribe cada noche sus memorias. La versión novelesca es más triste porque da por acabado el exterminio de los indios. La resistencia que opone también es más humilde: estando en el Nuevo Mundo y luchando con los indios, el entenado, probablemente, no hubiera podido escribir el relato. Pero en los dos casos, el personaje termina por elegir su verdadera familia, que también es la del lector que lee una novela en primera persona y con la que, necesaria y momentáneamente, se identifica. Hábilmente, Saer invierte las perspectivas del eurocentrismo que considera al otro como un salvaje para poder preguntarnos: ¿quién es el salvaje y

quién lo dice? La incertidumbre, si no aporta la comodidad del pensamiento sino la melancolía, por lo menos evita la tentación totalizadora. "Somos, tal vez, gente sin alegría; pero nos sobran discreción y lealtad" (159). Ojalá hubieran podido decir lo mismo los conquistadores.

Referencias

Bayard, Pierre. *Le plagiat par anticipation*. París: Les Éditions de minuit, 2009.

Caillois, Roger. *L'homme et le sacré*. París: Gallimard, 1950.

Díaz-Quiñonez, Arcadio. "*El entenado*: Las palabras de la tribu". *Hispamérica*, núm. 63, 1992, 3-14.

Didi-Huberman, Georges, *Survivance des lucioles*. París: Les Éditions de minuit, 2009.

Ezquerro, Milagros. *Leer escribir*. México/París: Rilma 2/ADEHL, 2008.

Freud, Sigmund. "Des sens opposés dans les mots primitifs". *Essais de psychanalyse appliquée*. Trad. Marie Bonaparte y E. Marty. París: Éditions Gallimard, 1971, 59-67.

Garramuño, Florencia. *Genealogías culturales*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.

Gramuglio, María Teresa. "La filosofía en el relato". *Punto de vista,* núm. 20, 1984, 35-36.

Iser, Wolfgang. *L'acte de lecture. Théorie de l'effet esthétique*. Trad. Evelyne Sznycer. Bruselas: Pierre Mardaga, 1976.

Monteleone, Jorge. "Reseña: Juan José Saer, *El entenado*". *Sitio*, núm. 4-5, 1985, 42-44.

_____. "Eclipse de sentido: de *Nadie nada nunca* a *El entenado*". *La novela argentina de los 80*. Ed. Roland Spiller. Frankfurt-am-Main: Vervuert Verlag, 1993, 153-175.

Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996.

Premat, Julio. "Quelques orgies argentines. Les fêtes indiennes, de *La cautiva* à *El entenado*". *Cahiers de l'UFR d'Études ibériques et latino-américaines. Les représentations de l'Autre dans l'espace ibérique et ibéro-américain*. Dir. Augustín Redondo, vol. 2, núm. 9. París: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1993, 137-146.

_____. "El eslabón perdido. *El entenado* en la obra de Juan José Saer". *Caravelle*, núm. 66, 1996, 75-93.

Riera, Gabriel. "La ficción de Saer: ¿una "antropología especulativa"? (Una lectura de *El entenado*)". *MLN*, vol. 111, núm. 2, 1996, 368-390.

Romano Thuesen, Evelia. "*El entenado*: relación contemporánea de las memorias de Francisco del Puerto". *Latin American Literary Review*, vol. 23, núm. 45, 1995, 43-63.

Saer, Juan José. *El río sin orillas*. Buenos Aires: Seix Barral, 2003.

_____. *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral, 2004.

_____. *El entenado*. Buenos Aires: Booket, 2005.

Todorov, Tzvetan. *La conquête de l'Amérique*. Paris: Éditions du Seuil, 1982.